

El habitar y el hábitat rural en el contexto de los desplazamientos migrantes

San Pedro Huimilpan, Querétaro*

*María de Guadalupe Morales Fonseca***

A la memoria del doctor Enrique Ayala Alonso

Resumen

Las formas de habitar y el hábitat del medio rural en México han presentado en las últimas décadas una transformación importante; las características tradicionales que se habían mantenido desde épocas remotas se han disuelto, para dar paso a formas de habitar y materializaciones basadas en nuevas representaciones sociales, resultado del contexto y la dinámica de la época actual; caracterizada, además del contacto cultural producto de los desplazamientos migrantes, por la amplia circulación de informaciones. El habitante del medio rural, quien configura y construye su hábitat, es parte de estos procesos de transformación acelerados, de la superposición de ideas, de modos de vida y de concepciones del mundo, que se reflejan en la reconfiguración constante de su concepto de habitar, el cual va a modificar la materialización y el uso-función del lugar donde habita.

* Los datos recuperados aquí forman parte de los resultados obtenidos en la investigación *La percepción del hábitat en el medio rural: los contactos culturales como factor en la transformación de la vivienda. El caso de San Pedro Huimilpan, Querétaro*, que realicé en la maestría. Esta investigación ha seguido actualizándose y aquí procuro desarrollar el tema de la relación entre la materialización de los objetos, en este caso la vivienda y los procesos subjetivos humanos que conforman las representaciones sociales como los generadores de transformaciones significativas en la casa del medio rural.

** Maestra en ciencias y artes para el diseño en el área de teoría e historia críticas por la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco. Correo electrónico: [madegumm@msn.com].

Palabras clave: habitar, medio rural, representaciones sociales, desplazamientos de migrantes, hábitat, materialización, uso-función.

Abstract

The ways of living and the habitat of the rural environment in México have presented an important transformation in recent decades, where have the traditional characteristics that had remained since ancient times dissolved, give way to forms of living and realizations based on social representations, result of the context and the dynamics of the current time, characterized also to the cultural contact product of migrants displacement by the wide circulation of information. The habitants of rural areas who configure and builds their habitat is part of these accelerated process of transformation, the overlap the ideas of ways of live and conceptions of the world. What are reflected in the constant reconfiguration of its concept of dwelling, it will modify the materialization and use-function of the place where it lives.

Keywords: dwelling, rural areas, social representations, migrants displacements, habitat, materialization, use-function.

Introducción

El propósito de estas líneas es hacer una lectura de la relación entre los procesos subjetivos humanos que conforman las *representaciones sociales*,¹ en este caso a partir del contacto cultural producto de los desplazamientos migrantes y la *transformación* en la manera de *habitar* en el medio *rural*, que se manifiesta entre otras cosas en el *uso-función* y la *materialización* del *hábitat*. Aunque esta reflexión se centrará en la comunidad de San Pedro Huimilpan en el estado

¹ Este concepto fue desarrollado en la década de 1960 por el psicólogo social Serge Moscovici, con base en el interaccionismo simbólico de G. H. Mead y el concepto de *representación colectiva* de Émile Durkheim (Mora, 2002).

de Querétaro, los resultados obtenidos son representativos de las transformaciones históricas del habitar y hábitat del medio rural en México.

La construcción de las representaciones sociales se define como “una modalidad particular del conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos” (Moscovici, 1979, citado por Mora, 2002:7). Este conocimiento se construye con base en la relación de los individuos con el entorno y con los otros, es decir, en las experiencias vividas, que finalmente se constituyen como la base de las acciones. Las representaciones sociales permiten “subrayar los factores sociales de la percepción y, con ello, destacar la importancia que los grupos y sus normas tienen sobre la representación de la realidad social” a partir del sentido común y de lo cotidiano (Torres, 2005:12). El concepto de *representación social* abarca entonces desde las percepciones y el procesamiento de las informaciones hasta las actitudes.

De tal modo, esta construcción social se convertirá en el cimiento de la acción humana, en relación con los diferentes contextos donde se reciban, se procesen y jerarquicen las informaciones recibidas. En este sentido, consideramos que el contexto histórico social del medio rural influirá en cómo se reciben estas nuevas informaciones y cómo por medio de ellas las personas construyen su representación del uso-función, materialización y valoración de una novedosa manera de habitar que se ha gestado en cada una de las diferentes etapas de contacto cultural.

En un sentido muy cercano, el concepto de *subjetividad* se refiere a la interpretación que los individuos realizan sobre las experiencias cotidianas —en este caso, la experiencia del contacto cultural—, lo cual determinará sus posteriores actitudes. Tal interpretación “tiene como base la experiencia y hace referencia al registro emocional comprometido con los significados asociados a las necesidades y las motivaciones que se crean en el curso de la historia del sujeto, y el cual es tramitado en los procesos de pensamiento” (Ocampo *et al.*, 2008:845).

En la actualidad, las acciones de los grupos de individuos cobran sentido con las complejas relaciones que éstos establecen, lo

que implica una lectura en donde se establece que las *acciones son el resultado* de las construcciones sociales que se van dando y modificando de acuerdo con la capacidad de despliegue de los sujetos en el espacio, es decir, a partir de la acumulación de experiencias. En este sentido “el sujeto deviene en una subjetividad constituyente, en la medida que requiere entenderse en términos de cómo se concretiza en distintos momentos históricos” (Zemelman, 2010:357).

Pretendemos ilustrar lo antes expuesto con el recorrido histórico de las transformaciones en el habitar y el hábitat de la comunidad de San Pedro Huimilpan. En primer lugar, se identificarán las características de la vivienda rural tradicional, tanto las primigenias, como las que se incorporaron en el primer contacto cultural durante la Conquista española; en segundo lugar, se presentarán los cambios en la vivienda y en el modo de habitar rural a partir del contacto rural-urbano en la segunda década del siglo pasado; y finalmente, se expondrán los cambios más recientes en la vivienda del medio rural, como producto del contacto, principalmente, con la cultura estadounidense.

Mediante el estudio de caso, como su definición lo indica, buscamos la mayor proximidad con los habitantes, para poder comprender su situación desde su punto de vista (Stake, 1999). En este sentido, el planteamiento de la investigación tiene un enfoque cualitativo, con base en la exploración empírica de campo que busca comprender a un grupo y su cultura (o un aspecto de ella) por medio de algunos de sus miembros. De este modo, se pretende que los resultados expuestos sean entendidos desde el marco interno de referencia, que genera los pensamientos, los sentimientos y las acciones dentro de la comunidad.

Las técnicas de investigación que empleamos son: la observación directa, apoyada en la elaboración de registros que incluyen descripciones, esquemas y fotografías; y la entrevista a profundidad,² por

² Las entrevistas se realizaron en diferentes visitas a la comunidad entre julio de 2013 y febrero de 2014. En la primera etapa se entrevistó al cronista del municipio, el señor Manuel Maya Sotelo, y se efectuaron entrevistas informales que incluyeron preguntas filtro para seleccionar a los posibles entrevistados. Posteriormente, se empleó la técnica “bola de

medio de la muestra intencional o basada en criterios. Con los datos obtenidos en las observaciones y en las entrevistas, se formuló la interpretación de la relación entre los espacios construidos y las representaciones de los individuos, la cual se presenta a continuación.

Habitar el mundo y materializar el hábitat

De acuerdo con la concepción filosófica de Martin Heidegger (1951), habitar es nuestra manera de estar en el mundo, y al hacerlo lo transformamos mediante la construcción de una diversidad de *objetos, actitudes y sentimientos* que constituyen la cultura. Es decir que, al tener la noción de *ser arrojado al mundo*, el ser humano requiere modificarlo para permanecer en él (Ayala, 2009: 21). De esta manera, los seres humanos construyen su *hábitat*, entendido como las transformaciones hechas a la naturaleza a partir de la acción técnica, para adecuarla a sus necesidades. En este sentido, es posible afirmar que “los procesos subjetivos humanos son parte inseparable de los diferentes procesos objetivos de una sociedad” (González, 2008: 241). Así, la base de lo físico construido por los individuos es la conformación de significaciones cambiantes en el transcurso histórico.

Así pues, de entre todos los artefactos creados por los seres humanos, consideramos que el lugar central donde se concreta la acción de habitar es la casa. Su origen se remonta a la necesidad de un refugio, concebido para protegerse de la lluvia, el frío o el calor, el viento, las amenazas animales, etcétera. Este refugio se constituyó luego como el lugar donde se llevaban a cabo las actividades inherentes al desarrollo orgánico como cocinar, comer, guardar, descansar, dormir, reproducirse, etcétera.

En este sentido, en tanto que la construcción del hábitat es producto de las representaciones humanas, siempre cambiantes, a me-

nieve” para definir y programar las entrevistas, las cuales se llevaron a cabo en septiembre y diciembre de 2013 y febrero de 2014. El número de entrevistados se delimitó a partir de la reiteración en las respuestas obtenidas, es decir, con la técnica de comprobación por saturación.

didada que las necesidades humanas básicas se fueron cubriendo, surgieron otras necesidades o deseos de diferente orden —las primeras son inherentes a los seres humanos; las segundas han aparecido con la historia de la humanidad—. Así, estos objetos, entre ellos la casa, se desarrollan y complejizan a partir de las demandas emergidas de la cotidianidad y de la conjunción de factores sociohistóricos. Es así como

a lo largo de la historia, la vivienda ha constituido una de las expresiones más fieles y representativas de los valores de la sociedad; en ella se ponen de manifiesto las concepciones que sus habitantes han tenido del mundo, los recursos materiales y las tecnologías disponibles en determinada época, sus limitaciones, sus gustos y expectativas y, sobre todo, las formas socialmente compartidas de habitar (Ayala, 2010:127).

La construcción de la representación social se convierte entonces en la base de la acción humana, de habitar el mundo y de materializar el hábitat.

En el transcurso histórico las relaciones del individuo con los otros y con su entorno se han intensificado, lo cual ha constituido las actuales representaciones complejas de las acciones. Las transformaciones en los modos de vida (habitar) y en las condiciones del hábitat (casa) requieren entonces de un análisis de las relaciones sociohistóricas en los diferentes contextos donde las representaciones sociales se construyen, dado que distintos contextos configuran distintas formas de conocer, interesarse y evaluar las experiencias vividas.

El contexto histórico social en el medio rural mexicano

Con la finalidad de mostrar que los cambios de orden social —en particular el fenómeno de la migración— han conformado históricamente los factores condicionantes que explican la acción de habitar de los seres humanos, debemos referirnos a la transformación social del campo mexicano en el último siglo.

Hasta hace poco más de cien años, México era una sociedad mayoritariamente agraria, representada por las tres cuartas partes de su población; cien años después, la población rural se redujo a menos de 25% de la población total (Warman, 2001). Esta cifra sigue disminuyendo por los intensos procesos migratorios hacia ciudades de los estados del país o a otras ciudades de Estados Unidos, principalmente, a causa de las desfavorables condiciones en las que habita la población rural de nuestro país, así como por el modo de vida rural que en el contexto global de circulación de personas, mercancías e informaciones ha adoptado características propias de la manera urbana de habitar.

De forma general, se hace evidente que la vida cotidiana actualmente depende del mundo de producción industrializada, y lo tradicional o artesanal ha desaparecido; por ejemplo, la manera de cocinar está invadida por alimentos prefabricados y por medios de consumo necesarios para la transformación de los alimentos; además, la penetración tecnológica ha modificado la forma de transportarnos, de informarnos, de comunicarnos, de nuestras actividades de ocio, etcétera. Estas transformaciones en los modos de vida llegaron al contexto rural, en particular en la segunda mitad del siglo pasado.

De acuerdo con Pradilla, la actividad del campo en el proceso acelerado de industrialización del país juega un papel clave, puesto que se convierte en el proveedor de materias primas para la industria, y en el generador de alimentos para la población creciente de las ciudades. Esta dependencia industria-campo obliga a transformar las formas tradicionales de producción agraria para intensificar su rentabilidad (Pradilla, 2002:4). Así, el campo se insertó en el proceso de producción capitalista no sólo como suministrador de materias primas, sino que “al mismo tiempo, los productores agrarios capitalistas y los asalariados rurales se transformaron en mercado para la industria urbana productora de insumos agropecuarios y de bienes de consumo individual” (Pradilla, 2002:4).

Las nuevas necesidades que surgieron en las zonas rurales —*necesidades sociales* como las llama Preteceille (1977)—, no sólo se concentraron en el consumo alimentario, sino en todo un desarrollo de

oferta y demanda de medios de consumo para satisfacer las nuevas necesidades sociales. Así fue como las sociedades rurales, organizadas bajo un sistema de autosubsistencia, se integraron al intercambio mercantil capitalista.

De esta manera, la irrupción del capitalismo en los modos de vida rurales aceleró la eliminación de las fronteras entre lo rural y lo urbano, entre lo urbano y lo global, entre lo rural y lo global, representados por modos de vida articulados por:

redes de infraestructura de transporte, comunicaciones y energía, e intensos flujos de personas, mercancías, capitales e informaciones, lo que da lugar a una compleja combinación de formas productivas, sociales y culturales, que invaden las identidades culturales tradicionales de la población que aun habita sus pequeñas propiedades en el campo (Pradilla, 2002:6-7).

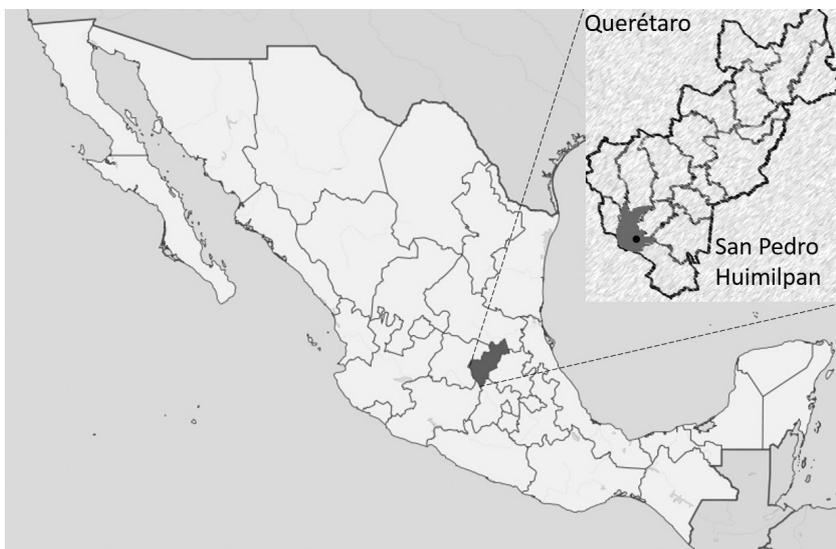
Los cambios estructurales que han sufrido las comunidades del medio rural modifican los modos de vida, así que la visión tradicional de relacionar el mundo rural con las actividades agropecuarias únicamente, y en plena relación con la naturaleza, han quedado atrás. En la actualidad, las comunidades rurales se encuentran en una condición social más cercana a la urbana y traspasadas por la idea de la globalidad, por lo que es difícil encontrar una comunidad aislada, donde no haya permeado el intercambio comercial del modo de producción actual y que conserve el modo de vida tradicional de autoproducción.

La comunidad de San Pedro Huimilpan

El municipio de Huimilpan se ubica al suroeste del estado de Querétaro, en la región de la sierra queretana. La comunidad de San Pedro es una de las 47 localidades que corresponden a este municipio y está situada a 7 km al sur de la cabecera municipal, en las coordenadas 100.17° de longitud oeste y 20.19° de latitud norte (Sedesol, 2013a)

(ver imagen 1). La superficie de la localidad es de 1 328 hectáreas, que corresponden al régimen de propiedad minifundista y según su uso se dividen en: 300ha de agostadero (pastizal); 328ha de cultivo, en su mayoría de temporal, y 700ha de bosque (Martínez *et al.*, 1992:110).

Imagen 1. Localización de la comunidad de San Pedro Huimilpan



El *Censo de Población y Vivienda 2010* contabilizó en la localidad de San Pedro Huimilpan un total de 1 152 habitantes: 552 hombres y 600 mujeres; con una estructura de edades calculada en 41% como población de 0 a 14 años; 54% de 15 a 64; y 5% de más de 65 años (Sedesol, 2013b). También se contabilizaron 365 viviendas, de las cuales 277 son viviendas particulares habitadas, 47 son de uso temporal y 41 viviendas deshabitadas (Inegi, 2010). De acuerdo con datos del Inegi, 80% de estas viviendas están construidas con materiales distintos a la tierra: muros de tabique o block y techos de lámina de asbesto o concreto armado, lo que evidencia la pérdida de la tradición en la materialización del hábitat.

En cuanto a los recursos naturales, predominan especies como fresno, encino, cedro y pino (Plan de desarrollo Huimilpan 2012-2015, 2012:8-11). Este paisaje definió por un lado la materialización primigenia de la vivienda —madera, piedra y bloques de adobe— y, por otro, la principal fuente de ingresos en la comunidad hasta antes de la primera mitad del siglo xx. A través del tiempo, este paisaje boscoso ha sufrido cambios, tanto en su extensión como en su composición, debido al aprovechamiento inadecuado de sus recursos. También las tierras de cultivo han sufrido deterioro por la sobreexplotación y, en consecuencia, hoy en día la principal fuente de ingresos de la zona proviene de las remesas que los migrantes mandan a sus familias desde Estados Unidos, en detrimento de las actividades primarias como la agricultura y la ganadería, que han dejado de ser rentables debido a la pérdida de fertilidad del suelo y a las condiciones del mercado. No obstante, la mayoría de la gente de la comunidad siembra sus tierras y cría su ganado para autoconsumo.

De acuerdo con los habitantes de la localidad, en la década de 1940, la gente aún vivía del bosque, elaboraban carbón de encino en hornos de piedra y lodo (entrevista, septiembre de 2013), y lo vendían principalmente en la capital del estado de Querétaro.

A partir de la segunda mitad del siglo xx, la comunidad tuvo cambios significativos en los modos de vida. Estos cambios fueron promovidos por las autoridades, quienes pidieron a los habitantes que adquirieran lotes en torno a la capilla para formar el centro del poblado y, de esta manera, pudieran acceder a la infraestructura propia de la *modernidad* que había llegado hasta la comunidad como muestra del desarrollo urbano generalizado en el país —alumbrado eléctrico, drenaje, agua entubada, carretera—, además de los servicios de salud y educación. Así fue como la comunidad rural empezó a urbanizarse, aunque en un principio hubo resistencia a esta nueva forma de asentamiento concentrado debido a la tradicional forma de vida que organizaba las viviendas como unidad productiva. En cambio, el nuevo emplazamiento se organizaba en lotes reducidos con uso habitacional, separaba la casa de los terrenos donde tenían sus siembras y a sus animales. Sin embargo, fueron adoptándose poco a poco.

Estas transformaciones fueron apuntaladas además por la tradición de migración entre la población en edad productiva. En estos desplazamientos la población ha encontrado mejores condiciones de empleo y también una novedosa manera de habitar que ha transformado la representación social precedente y que han ido incorporando a su contexto. En este sentido, estamos de acuerdo con Durkheim, quien establece que “toda representación, en el momento en que ella se produce, afecta, además de los órganos, al propio espíritu, o sea, las representaciones presentes y pasadas que lo constituyen (Durkheim, 2004, en González, 2008:228). De tal manera, las personas manifiestan los procesos subjetivos en realidades objetivas, ambas construidas socialmente, es decir, las personas generan interpretaciones compartidas de los acontecimientos y, a partir de ello, definen sus acciones.

Características del habitar y el hábitat rural tradicionales en San Pedro Huimilpan

La materialización del hábitat en el medio rural había poseído desde épocas remotas una lógica que correspondía con formas de vida específicas y con su adecuación al medio geográfico. Estas maneras de habitar fueron aceptadas y transmitidas de generación en generación, lo que conformó una cultura e identidad propia de cada grupo establecido en un territorio particular.

Sin embargo, actualmente la vivienda rural, identificada como tradicional, es la precisa exposición del sincretismo de un primer contacto entre las culturas prehispánica y la española primordialmente.³ Este sincretismo se manifestó en el modo de habitar rural durante siglos sin haber sido alterado significativamente sino hasta la segunda mitad del siglo xx. De acuerdo con Enrique Ayala, este sincretismo fue posible debido a que en aquel momento histórico

³ De acuerdo con Francisco J. López (1993) se debe hablar de la combinación de tres culturas: prehispánica, española y africana. Podríamos hablar también de la influencia árabe, dada la invasión a España durante ocho siglos.

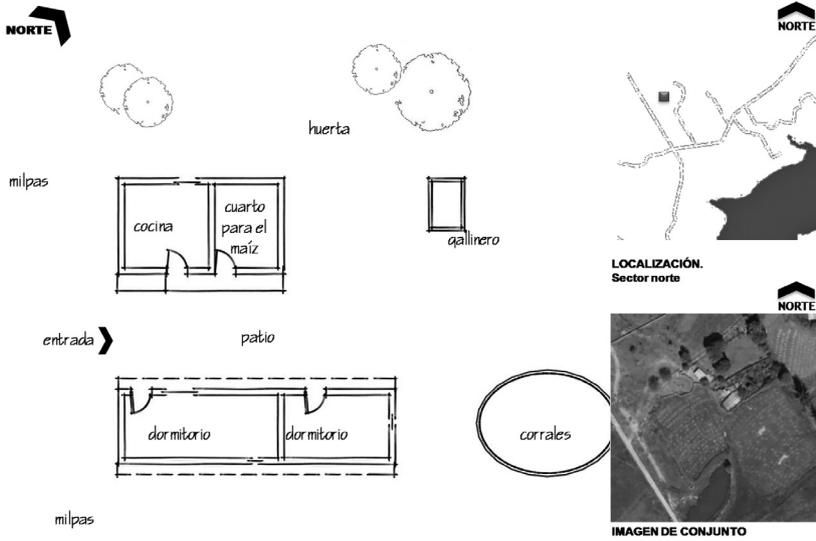
la concepción de la vivienda en ambas latitudes era similar, en tanto que la casa cumplía la función de ser un refugio principalmente nocturno y se desarrollaban en torno a ella otras actividades que la complementaban (Ayala, 1996:23).

Sin embargo, en ese contexto histórico existían diferencias importantes como la disposición de los recintos que conforman la vivienda; en el caso de la vivienda de herencia indígena, los recintos podían ser limítrofes o ubicarse unos alejados de otros, mientras que en la vivienda española las habitaciones solían ser contiguas y estar articuladas por el pórtico. Además, la materialización se concebía de manera diferenciada, mientras que la vivienda prehispánica se edificaba con materiales perecederos, la española se construía comúnmente con materiales perennes. Además, la característica del asentamiento de origen indígena era la dispersión,⁴ lo cual representaba la máxima expresión de la vivienda como unidad productiva; mientras que los asentamientos rurales en España se caracterizaban por el agrupamiento.

De acuerdo con la herencia indígena, la unidad de vivienda se iniciaba con la construcción de tres recintos principales: la cocina, la habitación matrimonial y el cuarto para el maíz (aunque también un único recinto podía combinar estos tres usos). Luego, a medida que la familia crecía, se construía otra habitación para los hijos y las hijas y, cuando crecían, se construían habitaciones separadas. Si la familia tomaba la estructura doméstica de familia extensa, se solía construir otra habitación para el nuevo matrimonio y se duplicaba la cocina. La vivienda, entonces, se modificaba de acuerdo con las necesidades de la familia (ver imagen 2). En cambio, la tipología de vivienda de la cultura rural española se concebía más bien como una unidad de vivienda planificada con anticipación con los recintos necesarios para cocinar, dormir y guardar principalmente (ver imagen 3).

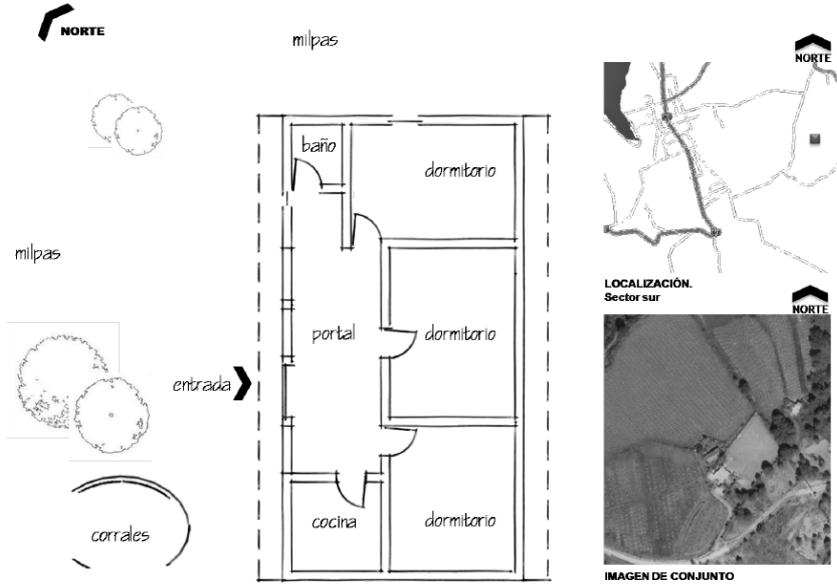
⁴ De acuerdo con Guillermo Boils, este tipo de disposición es propia de las comunidades indígenas, como los otomíes del Valle del Mezquital, donde “la distancia de una casa con otra llega a ser hasta de varios kilómetros y la idea misma de poblamiento se define sólo por la existencia de la iglesia o una capilla que sirven para identificar a la localidad” (Boils, 1987:83).

Imagen 2. Vivienda rural tradicional de herencia indígena, compuesta por bloques individuales con funciones diferentes



Nota: A la izquierda está la cocina; a la derecha, el cuarto para el maíz.

Imagen 3. Vivienda rural tradicional más cercana a la herencia española. Vivienda en conjunto articulada por el portal



En cualquiera de las dos tipologías, es importante resaltar que la vivienda rural tradicional se define en términos de su uso-función y espacialidad de acuerdo con la actividad productiva y la cultura de sus habitantes, es decir, con las actividades cotidianas que lleva a cabo una sociedad agrícola. Así pues, “las representaciones sociales hacen referencia a un tipo específico de conocimiento que juega un papel crucial sobre cómo la gente piensa y organiza su vida cotidiana: el conocimiento del sentido común” (Araya, 2002:11). Reid afirma que “El sentido común es, en principio, una forma de percibir, razonar y actuar” (Reid, 1998, en Araya, 2002:11).

En esta sociedad agrícola la vivienda no se define como el espacio delimitado materialmente donde los seres humanos se protegen del exterior, sino que, en términos más amplios, la vivienda queda funcionalmente ligada al exterior, permitiendo la relación entre los seres humanos y la naturaleza. La unidad productiva entonces se complementa con las construcciones donde se resguarda a los animales, las cuales normalmente están próximas a las habitaciones de la familia y con la huerta y las milpas donde se siembra principalmente maíz y frijol (ver imagen 2).

Otra característica primordial de la vivienda rural tradicional es la construcción artesanal, con materiales que se encontraban en el entorno próximo y de los que se podía disponer sin necesidad de grandes adecuaciones técnicas. La piedra, la madera y las arcillas constituyeron los materiales esenciales de la construcción rural. Luego, a partir de la implementación de los hornos, donde se fabricaba la teja de barro cocido de herencia española, este material se convirtió en el elemento más utilizado para las cubiertas, dando a la vivienda rural sus tradicionales características materiales, muros de bloques de adobe, estructuras de madera y cubiertas de teja, las cuales suelen tener pendientes a una o dos aguas, para favorecer el escurrimiento pluvial, además de que la prolongación de la cubierta daba forma a otro espacio también de herencia española: el portal (ver imagen 3).

Debido a la sencillez de construcción, los propios moradores se encargaban de la obtención de materiales y el diseño era el resultado de las experiencias transmitidas por generaciones. El mobiliario

dentro de la casa era escaso, mesas, sillas o bancos, trasteros, camas o petates y algún saco para guardar. El agua para uso doméstico se obtenía directamente de las fuentes de abastecimiento naturales —ríos o pozos— o bien las actividades como el lavado de ropa, trastos y el aseo del cuerpo se hacían directamente ahí. Las necesidades fisiológicas se resolvían en el campo y la única iluminación era la natural, por eso las actividades de la familia iniciaban al alba y terminaban en cuanto se ocultaba el sol.

En líneas generales, ésta es la tipología de vivienda y el modo de vida tradicional en San Pedro Huimilpan y fue conservado sin alteraciones significativas hasta la primera mitad del siglo xx. Esta tipología resolvía las necesidades de la población en aquel contexto histórico de acuerdo con el modo de vida. La manera de habitar y la construcción material correspondía con una sociedad agrícola, que vivía de la tierra, convivía con ella y se integraba a ella; las actividades de la vida cotidiana y la materialización, forma, uso-función y conceptualización de la casa son muestra de ello.

Actualmente, se conservan sólo algunas de las viviendas tradicionales y son habitadas principalmente por adultos mayores, quienes declaran sentirse satisfechos con ellas y con el modo de vida tradicionales (entrevista, febrero de 2014).

No obstante, el desplazamiento de los pobladores (principalmente hombres en edad productiva) hacia otros contextos, modificó la representación social tradicional y condicionó sus acciones y significaciones posteriores como veremos en seguida. En este sentido, González expone el aspecto emocional en las representaciones y en las actitudes “defendiendo la importancia del sujeto en su carácter generador en los espacios sociales en que actúa” (González, 2008:228). Y “es precisamente esa unidad simbólico-emocional, producida en el curso de la experiencia, la base ontológica de lo que definimos como subjetividad” (González, 2008:228) y que se vuelve objetivada en las acciones posteriores.

Desplazamientos migrantes hacia la Ciudad de México y su reflejo en el modo de habitar y la materialización de la casa

Fueron dos los principales fenómenos que impactaron al medio rural durante la segunda mitad del siglo xx; por un lado, los procesos migratorios hacia las ciudades, característicos en la mayoría de las comunidades rurales y, por otro, la urbanización generalizada en el país que llegó hasta aquellos lugares. Ambos fenómenos forman parte de una misma situación social, la etapa del llamado “milagro económico mexicano”, que marcó el cambio definitivo de una sociedad mayoritariamente rural a una predominantemente urbana. Este contexto revela una primera etapa de transformación en el habitar y el hábitat tradicionales.

El periodo de industrialización del país representó para el campo el aumento de la crisis social y económica, a causa de la nula competitividad y la falta de apoyos gubernamentales, mientras que para la ciudad encarnó la etapa más favorable, lo que resultó sumamente atractivo para quienes no podían costear las necesidades básicas de la familia por las condiciones laborales en el campo. Por tal motivo, se inició un proceso de emigración del campo hacia las principales ciudades.

En el caso de San Pedro Huimilpan, quienes se trasladaron a la Ciudad de México fueron principalmente los padres de familia y los hijos mayores, mientras que el resto de la familia permaneció en el lugar de origen. Se convirtieron en migrantes circulares, buscaban empleo en la ciudad, donde se quedaban por ciertos periodos y luego volvían con la familia para la temporada de siembra y durante las celebraciones de fin de año, incluso algunos volvían cada semana, cada mes o cada que terminaban un trabajo en la ciudad (entrevista, septiembre de 2013).

En la Ciudad de México, los habitantes del campo encontraron el referente de lo que ellos llamaron “progreso” (entrevista, diciembre de 2013). De acuerdo con Cebada, esto ocurre porque

comúnmente la relación campo-ciudad se ha visto de manera jerárquica y diferenciada dominada por la ciudad, la cual se toma como

ejemplo de lo moderno, en tanto que al campo se le vincula con lo tradicional, lo rústico, lo agrícola, asignándosele básicamente el papel de proveedor de recursos, insumos, productos y fuerza de trabajo para la ciudad (Cebada, 2011:51).

La nueva experiencia ocasionó una ruptura en el modo de vida tradicional, y las permanencias construidas que habían caracterizado la localidad se transformaron. De tal manera, se evidencia que “todo el material simbólico y emocional que constituye los sentidos subjetivos se produce en la experiencia de vida de la personas” (González, 2008:234).

En las décadas de 1970 y 1980, la vivienda construida en San Pedro Huimilpan tenía una fuerte relación con la vivienda urbana, principalmente la de las periferias de la ciudad. En la relación entre el habitar y construir no sólo se modificó la materialidad de la casa, sino su uso-función y su construcción conceptual, de acuerdo con el cambio de actividades en la vida cotidiana. El comercio comenzó a sustituir la producción de autoconsumo y la cotidianidad empezó a depender de la dotación de servicios como agua entubada, drenaje y, sobre todo, electricidad; con esta última llegaron los nuevos aparatos electrónicos y los enseres domésticos eléctricos. Además, aparecieron nuevas actividades al interior de la casa como estar, recibir y entretenerse.

Durante esta etapa, la mayoría de los habitantes construyó sus viviendas en el centro del poblado. Resaltaba, en particular, que para construirlas los materiales tradicionales fueron sustituidos con material industrial, lo cual representaba para ellos la idea de solidez y perdurabilidad de la vivienda, dado que las construcciones tradicionales no les concedían tales beneficios y las construcciones debían ser restauradas constantemente. El cambio en la percepción de lo que se conoce y su contraste con el nuevo conocimiento hacen que el modo de vida y la materialización tradicionales se valoren de manera negativa: “antes vivíamos en unos corrales como los de los animales [...] luego nos civilizamos” (entrevista, diciembre de 2013).

Tanto en el centro del poblado como en las periferias se edificaron viviendas en donde además de los dormitorios y la cocina se incorporaron nuevos locales como la sala, el comedor y el baño principalmente; asimismo, el comercio también se convirtió en parte de la vivienda, sobre todo al centro de la localidad (ver imagen 4). Los recintos podían estar interconectados o solamente ser contiguos y tener accesos independientes a través del patio. Las adecuaciones materiales solían implementarse con mayor frecuencia en los dormitorios, la sala y el comedor, por lo que las características tradicionales se mantenían en otros locales, como la cocina y el cuarto para el maíz. Lo anterior debido al uso que se les seguía dando, como cocinar con leña, para lo cual se requerían locales ventilados, y para el almacenamiento de grano, que ya no se lleva a cabo dentro de la vivienda nueva (ver imagen 5).

Resalta también la simplificación de la forma, pues desapareció la cubierta inclinada y se sustituyó por una losa plana de concreto armado. Además, con la ausencia de cubiertas inclinadas, se eliminó el portal como elemento que articulaba la vivienda con el exterior y funcionaba como espacio de socialización. De acuerdo con las nuevas actividades y deseos, este espacio fue sustituido por la sala. Asimismo, dadas las condiciones materiales y del sistema constructivo, surgieron las construcciones de dos niveles.

En las casas apartadas del centro, con extensiones de terreno suficientes, los espacios destinados a guarecer a los animales se conservaron sin cambios, en las lotificaciones del centro, en cambio, con menores extensiones de terreno, se conservaron sólo algunos pequeños espacios para alojar aves. La tendencia fue su desaparición, pero no se debió a la falta de espacio sino a que los habitantes más jóvenes definieron el nuevo uso-función de la casa y cambiaron la autoproducción por el comercio.

En esta etapa fue común que las personas que aprendieron el oficio de albañilería durante su estancia en la ciudad, construyeran sus casas bajo los nuevos planteamientos formales, funcionales y materiales, y prestaran sus servicios a quienes no dominaban el nuevo sistema constructivo. El oficio fue aprendido fácilmente por las demás personas en la comunidad, pero la constante siguió siendo la autoconstrucción.

Imagen 4. Viviendas al centro del poblado



*Imagen 5. Vivienda en la periferia del poblado
con nuevos espacios construidos de material industrial*



Durante la transición entre la vivienda rural tradicional y la nueva concepción, más cercana al ámbito de lo urbano, la prioridad fue la utilización de materiales industriales para la construcción de las viviendas, ya que les proporcionaba mayor seguridad estructural.

La sociedad rural se transformó, la visión del mundo se modificó y, en consecuencia, se incubó el deseo de cambio. Las personas se trajeron de la ciudad los elementos que simbolizaban el progreso y los adaptaron a su nueva concepción de habitar. El esquema de valores se modificó también, conocían la ciudad, tenían mejor condición económica, vivían mejor y su casa lo reflejaba. Lo anterior comprueba que “la organización psíquica individual se desarrolla en la experiencia social e histórica de los individuos, y que al mismo tiempo las acciones de los individuos, tienen un impacto que, de hecho, se asocia a nuevos procesos de transformación de las formas de vida y organización social” (González, 2008:229). El cambio fue tal que en un testimonio una persona afirmó que “sólo un loco volvería a construir con adobes” (entrevista, diciembre de 2013).

En este sentido, Dewey expresa que “la experiencia humana se hace humana por la existencia de asociaciones y de recuerdos que son filtrados por la red de la imaginación de manera que respondan a las exigencias emotivas” (Dewey, 1986, en González, 2008:227). Eso es el proceso de subjetivación que conforma las representaciones sociales. Esta nueva representación manifiesta el alejamiento de los procesos artesanales y de relación con la naturaleza para transformarse en una sociedad con base en la industrialización y el intercambio de mercancías que el mundo moderno provee.

Desplazamientos migrantes hacia Estados Unidos y su reflejo en el modo de habitar y la materialización de la casa

En la década de 1970, un nuevo proceso migratorio empezó a gestarse en la comunidad de San Pedro Huimilpan, debido a la implementación del *Mexican Farm Labor Program*, conocido de manera informal como Programa Bracero, que patrocinó el cruce de trabajadores campesinos mexicanos para el mercado laboral agrícola en

Estados Unidos. Estas contrataciones llegaron hasta la comunidad de San Pedro Huimilpan durante la última edición del programa, que concluyó formalmente a finales de 1964. De acuerdo con los habitantes de la comunidad, en esas fechas se desplazó hacia Estados Unidos un primer contingente de trabajadores huésped, de no más de diez personas residentes de San Pedro Huimilpan (entrevista, julio de 2013). Sin embargo, cuando concluyó el Programa Bracero, la gente de la comunidad que pudo disfrutar los beneficios que las condiciones laborales de aquel país aportaban a su economía, iniciaron un movimiento intermitente hacia el país vecino. Este hecho desembocó en su mayoría en el cruce ilegal de la frontera norte.

Esta tradición migrante se afianzó en San Pedro Huimilpan y, de acuerdo con datos obtenidos en las oficinas de la delegación municipal, en la actualidad por lo menos 80% de los hombres de la comunidad, en edades entre 16 y 60 años, son trabajadores migrantes circulares en Estados Unidos. Estas personas se emplean principalmente en la construcción y la jardinería; esta última ostenta el grado de legalidad desde hace 10 años, aproximadamente. Es decir que se tienen contratos fijos por temporadas de siete meses al año aproximadamente, entre febrero y noviembre (con periodos de descanso), el resto de los meses permanecen en la comunidad de origen (entrevista, diciembre de 2013).

Una característica importante y propia de la comunidad es que en las entrevistas se pudo apreciar que estos trabajadores migrantes no tienen la intención de emigrar de manera permanente a Estados Unidos: “estamos allá para trabajar mientras podamos, pero nuestra casa y nuestra familia está aquí, no nos gustaría quedarnos a vivir allá, allá es sólo para trabajar” (entrevista, febrero de 2014).

Los habitantes de San Pedro Huimilpan que trabajan en Estados Unidos han migrado, en particular al estado de Texas, específicamente al norte de la ciudad de Dallas (entrevista, diciembre de 2013). Estas zonas suburbanas de clase media han sido los lugares donde ellos han desempeñado su trabajo y donde la arquitectura ha representado un modelo que simboliza un mejor modo de vida.

La gente de San Pedro Huimilpan describen su lugar de trabajo como “una zona residencial donde no se ve pobreza, donde la gente

vive bien. Con casas nuevas de doble piso, con buen espacio de *yarda* y buena *pista*, con todos sus servicios y con espacios muy acomodados y grandes” (entrevista, febrero de 2014).

Las actividades que realizan los habitantes de San Pedro Huimilpan en las zonas donde laboran, los han acercado a las formas de vida estadounidense y a una manera de habitar diferente sumamente seductora. Esta nueva experiencia ha puesto en crisis el concepto conocido de vivienda. Se contrastan las maneras de habitar, se asumen coincidencias y divergencias, para modificar por un lado la percepción de lo que se entiende como la casa, pero se afirma, al mismo tiempo, la intención de regresar al lugar de origen para expresar las nuevas intenciones. Se percibe, por ejemplo, la amplitud tanto del terreno como de la casa y se equipara con el lugar de origen, donde existen grandes extensiones de tierra que podrían ser ocupadas para construir su nueva vivienda con características similares y “aún mejores” (entrevista, febrero de 2014).

En la actualidad, en San Pedro Huimilpan se ha optado por edificar las nuevas viviendas en la periferia del poblado, ya que ahí la amplitud de los terrenos permite expresar la imagen-proyecto de su casa, con la extensión deseada y con las cuatro fachadas libres (ver imagen 6). No obstante, los nuevos espacios coexisten con paredes de adobe o piedra y techos estructurados con madera y cubierta de teja, que han permanecido a través del tiempo. Muestra de que “el espacio doméstico, siempre sensible a las aspiraciones del hombre en el mundo, se presenta actualmente como una mezcla indeterminada de pasado y futuro, un lugar donde convergen viejos y nuevos sueños de habitar la tierra” (Lleó, 2005:10). Así, el habitar rural actual está constituido por dos fuentes de necesidades: la memoria (tradicción) y las visiones de futuro, de deseos y anhelos de *significaciones emotivas*.

El espacio, el uso-función y la forma de la vivienda se perciben actualmente de una manera distinta; vivir mejor es disponer de espacios muy amplios, con nuevas y particulares funciones y con acabados y mobiliario de lujo. La casa ahora se vive hacia el interior. Para ello se concibe un partido arquitectónico completo, diseñado por ellos mismos, según lo que han visto o, en otros casos, se sabe que traen

los planos de las casas que han construido en Estados Unidos y los toman como modelo para construir su propia vivienda.

Imagen 6. Vivienda en transición en la periferia del poblado



Imagen 7. Vivienda nueva en la periferia

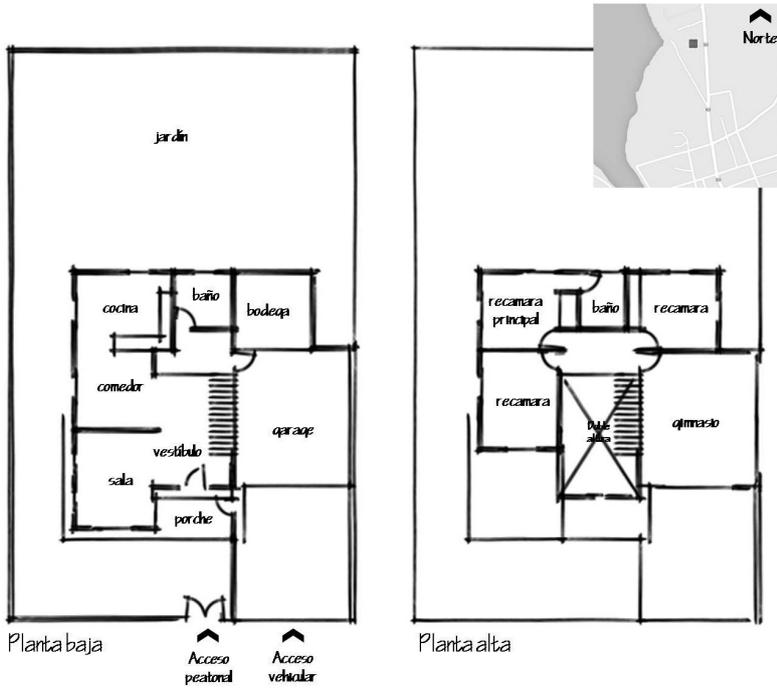


Imagen 8. Viviendas nuevas en el centro del poblado



La única particularidad de las casas construidas en San Pedro Huimilpan es que en ellas permanece la idea de solidez. El sistema constructivo utilizado en Estados Unidos no les resulta atractivo, por lo cual sus casas son construidas con base en la triada tabicón-acero-cemento, legado de otros tiempos, de otro contacto cultural. “Las casas allá son bonitas, pero no son macizas” (entrevista, diciembre de 2013).

Aun cuando unas casas son más sencillas que otras, en tanto persiste la idea de la amplitud y la especialización de los recintos, se implementa la articulación de las áreas hacia el interior. Así, en el primer nivel se instala el vestíbulo, el comedor aparece adyacente a la sala y se separa la cocina. En el segundo nivel, aumenta el número de dormitorios, de manera que cada hijo tenga su propia recámara, lo cual no era común anteriormente, ya que todos los habitantes dormían y cohabitaban en una sola pieza. A la recámara principal se adosa el baño y el vestidor, de modo que en la casa suele haber por lo menos dos baños. Al exterior, es común que el jardín aparezca a

la manera estadounidense y se construyan espacios como el porche y el garaje (ver imagen 6). Además, hay un afán por allegarse los servicios públicos hasta su casa, por lo que los vecinos y el gobierno se organizan para extender las redes de servicios, incluso a la periferia del poblado.

La nueva arquitectura en la comunidad de San Pedro Huimilpan, similar a la arquitectura de los suburbios residenciales estadounidenses, se presenta como respuesta al paso de una sociedad agrícola hacia una sociedad que responde a la oferta, la demanda y el consumo de todo tipo de artefactos que conforman la nueva manera de habitar, alejándose del modo tradicional que hasta hace muy poco identificaba al medio rural.

Así pues, se confirma que la representación social que transforma los objetos no sólo se basa en el sistema de informaciones adquiridas, “sino que también expresa formas simbólico-emocionales que tienen que ver con la configuración subjetiva de quienes viven una determinada experiencia” (González, 2008:236). Asimismo, aunque las configuraciones subjetivas individuales y sociales se generan en las experiencias vividas, en relación con el contexto físico, histórico y social, no resulta raro que los habitantes de esta comunidad que aun habitan en viviendas tradicionales o en las que están en transición deseen construir una vivienda como las que han visto en Estados Unidos “sólo para no dejarse de los otros” (entrevista, febrero de 2014).

Reflexiones finales

Los habitantes del medio rural, suelen buscar mejores condiciones de trabajo fuera de la comunidad de origen; se mueven e interactúan entre zonas geográficamente distantes y culturalmente diferentes debido a la condición histórica desfavorable en la que han vivido. A partir de estas experiencias construyen sus representaciones sociales: por un lado, la región de origen representa el terruño, la tradición y el bagaje cultural y, por otro, el lugar de residencia y trabajo temporal encarna el acceso a mejores ingresos y la llave a una vida que ellos

consideran mejor. La representación se da en el sentido de equiparar la condición de vida de origen con otras sociedades que les sirven de referencia.

Con base en la evidencia recabada, al contrastar ambas condiciones se observa que en la actualidad las formas de habitar y la espacialidad de la vivienda rural tradicional *per se* no satisfacen las necesidades —sean biológicas, socioculturales, ideológicas o emotivas— de los pobladores, lo que provoca el abandono y la sustitución de la tradición por un nuevo planteamiento en el modo de vida y en la materialización del hábitat, que se caracteriza por la valoración positiva hacia la incorporación de todo tipo de innovaciones, es decir, surge un proceso de sustitución de lo artesanal por lo industrial en todos los ámbitos de la vida cotidiana.

Para contribuir en el análisis de las transformaciones de la vivienda rural tradicional, un aspecto fundamental es que las transformaciones de la casa, en cualquiera de sus expresiones, no se pueden afrontar como un problema físico, separado de la vida de sus habitantes y de las relaciones en las que se insertan, dado que el sentido del habitar humano está condicionado por los procesos histórico-sociales. Los resultados obtenidos encuentran correspondencia con González, quien sostiene que “el individuo es un elemento inseparable para la comprensión del carácter subjetivo de las representaciones sociales. Ese individuo aparece como portador de una subjetividad de base histórico-social, que está representando un momento inseparable de la producción subjetiva de todo espacio social” (González, 2008:239).

Por lo tanto, la casa presenta diferencias importantes en respuesta a contextos y tiempos particulares, como eje donde se mueven los seres humanos. En concreto, hablamos del contacto que han tenido los habitantes de San Pedro Huimilpan con la cultura urbana de la Ciudad de México, primero, y después con la cultura estadounidense y, en particular, con el objeto arquitectónico casa. Este nuevo modo de habitar es experimentado por sujetos ajenos a este contexto, quienes lo asimilan, lo transforman en su imaginario y el resultado lo llevan a su lugar de origen, el cual se ve modificado, con las consecuencias positivas o negativas que esto conlleva, pero esto es motivo de otro análisis.

Entretanto, concluimos que la transformación social precede a las adecuaciones físicas y que éstas a su vez generan una nueva configuración social; este proceso es constante y estabiliza la congruencia entre la realidad social y la espacial, lo cual marca las diferentes etapas históricas de las sociedades.

Bibliografía

- Araya U., Sandra (2002). *Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión*. Costa Rica: Flacso.
- Ayala A., Enrique (1996). *La casa de la Ciudad de México. Evolución y transformaciones*. México: Conaculta.
- ____ (2009). *La idea de habitar. La Ciudad de México y sus casas 1750-1900*. México: UAM.
- ____ (2010). *Habitar la casa: historia, actualidad y prospectiva*. México: UAM.
- Boils M., Guillermo (1987). *Vivienda campesina*. México: UAM-Xochimilco.
- Cebada C., María del Carmen (2011). “La urbanización y la migración en ámbitos rurales: espacios sociales de interculturalidad”, en Eduardo Espinoza y Juan Ruso (comps.), *Los espacios de la interculturalidad. Ciudades, comunidades y contextos. Memorias del 6° Foro Internacional de Interculturalidad, 9 al 11 de noviembre de 2011*. México: UAM-Xochimilco/Universidad de Guanajuato, pp. 50-61.
- González R., Fernando (2008). “Subjetividad social, sujeto y representaciones sociales”, *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, vol. 4, núm. 2, pp. 225-243. Bogotá: Universidad Santo Tomás [<http://www.redalyc.org/html/679/67940201/>], fecha de consulta: abril de 2018.
- Heidegger, Martin (1951). “Construir, habitar, pensar”, conferencia [<http://www.farq.edu.uy/estetica-diseno-ii/files/2013/05/Heidegger-Construir-Habitar-Pensar1.pdf>], fecha de consulta: marzo de 2013.
- Lleó, Blanca (2005). *Sueño de habitar*. Barcelona: Gustavo Gili.
- López M., Francisco J. (1993). *Arquitectura vernácula en México*, 3a. ed. México: Trillas.

- Martínez, Javier *et al.* (1992). *Huimilpan. Crónicas y leyendas*. México: INI (México)/Conaculta-Dirección General de Culturas Populares.
- Mora, M. (2002). “La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici”, *Athenea Digital*, núm. 2, otoño. Barcelona: UAB.
- Ocampo, T., Angélica María, Sara Méndez P. y Carol Pavajeau D. (2008). “Las subjetividades como centro de la formación ciudadana”, *Universitas Psychologica*, vol. 7, núm. 3, septiembre-diciembre. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Pradilla, E. (2002). “Campo y ciudad en el capitalismo actual”, en *Ciudades*, 54, abril-junio. Puebla: RNIU [<http://www.emiliopradillacobos.com/artsabril2011/campoyciudadanelcapactual.pdf>], fecha de consulta: marzo de 2016.
- Preteceille, Edmond (1977). “Necesidades sociales y socialización del consumo”, en J. P. Terrail *et al.*, *Necesidades y consumo en la sociedad capitalista actual* [1975]. México: Grijalbo.
- Stake, R. E. (1999). *Investigación con estudio de casos*, 2a. ed. Madrid: Morata.
- Torres, A., Cristóbal (2005). “Representaciones sociales de la ciencia y la tecnología”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 111, julio-septiembre, pp. 9-43. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Warman, Arturo (2001). *El campo mexicano en el siglo xx*. México: FCE.
- Zemelman, M., Hugo (2010). “Sujeto y subjetividad: la problemática de las alternativas como construcción posible”, *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, vol. 9, núm. 27, Bogotá.

Otras fuentes consultadas

- Inegi (2010). *Censo de Población y Vivienda 2010. Principales resultados por localidad* (ITER) [<http://www.censo2010.org.mx/>], fecha de consulta: junio de 2013.
- Plan de desarrollo Huimilpan 2012-2015*, versión en pdf, obtenida en la Dirección de Obras del Municipio en junio de 2013.

Sedesol (2013a), “Unidad de microrregiones” [<http://www.microrregiones.gob.mx/cedulas/localidadesDin/portada.asp?micro=QUERETARO&clave=220080033&nomloc=SAN%20PEDRO>], fecha de consulta: octubre de 2013.

_____ (2013b), “Catálogo de localidades” [<http://www.microrregiones.gob.mx/catloc/contenido.aspx?refnac=220080033>], fecha de consulta: octubre de 2013.

Recibido: 22 de noviembre de 2017

Aceptado: 14 de marzo de 2018